

VIDA DE GERHARD BÄHR

Legazpi, abril 1995

Ignacio Arbide Elorza

Voy a hablarles de la vida de Gerhard Bähr. Y tengo que empezar por decir que apenas voy a aportar datos nuevos sobre ella, datos que la mayoría de ustedes no conozcan ya. Los artículos aparecidos hace algunos años en la revista del colegio legazpiarra de La Salle, los más recientes de la revista local “Ene Bada”, los publicados estos días en la prensa, y, especialmente, la espléndida exposición que nos ofrece ahora esta casa de Cultura, nos han brindado ya casi todos los detalles interesantes de la vida de Gerhard Bähr. Pero, aun siendo verdad lo anterior, es bueno que hoy volvamos a tratar de ella. Porque es una vida que sigue siendo ignorada por muchas personas de dentro y de fuera de Legazpi. Quienes tuvimos la suerte de asistir a la interesante mesa redonda que se celebró aquí mismo el pasado miércoles sobre la obra de Bähr pudimos oír cómo alguno de los profesores universitarios que nos hablaban confesaba que, si bien conocía los escritos de Gerhard, se había llevado una sorpresa al visitar la exposición de Kultur Etxea y descubrir algunas facetas de su personalidad.

D. FEDERICO BÄHR

Y lo primero que hay que destacar de Gerardo —voy a llamarle así en adelante, porque éste fue el nombre con el que se le conoció siempre entre nosotros— es, precisamente, que era un legazpiarra. Alguien que oiga estos días que en Legazpi estamos celebrando el aniversario de un gran lingüista de apellido alemán puede pensar que nació aquí accidentalmente, durante una corta estancia de sus padres entre nosotros. Pero Gerardo no sólo nació en Legazpi, sino que, además, toda la vida y su obra estuvieron influidos, y en grado importante, por el hecho de ser legazpiarra.

Su padre, Federico Bähr, era ingeniero de minas. Había nacido en Osterode, pueblo alemán situado en la zona del macizo del Harz, en la Baja Sajonia. Toda esta zona del Harz tiene una gran tradición minera, ya que en algún tiempo producía oro y plata, y actualmente continúa dando zinc, plomo y barita. Vino a Legazpi para dirigir la explotación de las minas de Katabera, situadas

en las faldas del Aizkorri, y su llegada aquí sucedió en los años ochenta del pasado siglo, es decir, hace cien años.

El Legazpi que encontró D. Federico no se parecía apenas al actual. Tenía unos 1.200/1.300 habitantes, que vivían justamente de la ganadería y de la agricultura, y tenía un índice importante de emigración, especialmente hacia América. No existían más fábricas que la de cartón, que funcionaba aprovechando la instalación hidráulica del viejo molino de Azpikoetxea y ocupaba a 6 obreros, una de cemento, con unos 12, y, acaso, una tejería. De las gloriosas ferrerías legazpiaras solamente quedaba la de Bengolea, ya a punto de cerrarse. Pero había un signo de modernidad importante: por aquí pasaba el ferrocarril de Irún a Madrid, inaugurado unos pocos años antes, en 1864, que ofrecía a los pueblos guipuzcoanos por los que discurría unas posibilidades de comunicación hasta entonces insospechadas, que favorecieron su rápida industrialización. Si a la llegada de D. Federico apenas había industria, cuando se fue, hacia 1925, habían nacido ya las que iban a determinar, en buena parte, el gran desarrollo demográfico y las transformaciones sociales del siglo veinte legazpiarra. Las minas de Katabera, que pertenecían inicialmente a propietarios de poca entidad económica y técnica, habían pasado recientemente a manos de la Real Compañía Asturiana de Minas, empresa importante en el campo de la minería nacional. Esta compañía deseaba dar un rápido impulso a la explotación de Katabera, y contrató como director a D. Federico Bähr.

El trabajo del joven ingeniero alemán se hizo notar pronto. De Katabera se venían extrayendo, desde hacía algunos años, sulfuros de plomo y de zinc, es decir, los minerales llamados galena y blenda, y carbonato de zinc o calamina. Cuando llega D. Federico, el transporte de los minerales hasta Brinkola o Udana era realizado por medio de carreteros, con su bueyes y carretas. Pero ya en 1892 se ha iniciado la construcción de un cable que va a permitir el transporte aéreo, rápido y barato, del mineral hasta Udana. También se realizan los hermosos hornos de tostación y calcinación del mineral —que han sido remozados recientemente, y que pueden ser vistos en Udana—. El impulso modernizador de esos años se ve igualmente en el hecho de que se instaló una línea telefónica entre la mina y Udana. ¿Sería este teléfono de 1892 el primero que funcionó en Legazpi?

Para que tengamos una idea de la importancia y del tamaño de la empresa que dirigía D. Federico, podemos aportar los datos relativos al número de personas que trabajaban en ella. Este número variaba de mes a mes, trabajando en cada momento solamente los obreros que fueran necesarios. En los años 1893 y 1894 se registra el número más alto: 32 personas en marzo de 1893 y 31 en agosto de 1894. Pero se ve que, en esos momentos, los trabajos del cable aéreo, de los hornos y del teléfono ocupaban a gente que no era propiamente de la mina, y, a partir de 1895, el número máximo oscila entre 16 y 21 personas en los meses de verano, que se reducen a 2 ó 3 personas en los meses de diciembre, enero y febrero, en los que el invierno obliga a interrumpir casi por

completo la actividad de las minas. En cuanto a la producción obtenida, oscilaba entre las 1.800 y 2.100 ton./año en los años noventa, que posteriormente se fueron reduciendo hasta quedar en unas 500 a 600 ton./año hacia el año 1910.

Estos datos están recogidos en los cuadernos que D. Federico llenaba cuidadosamente, con su buena caligrafía germana. Por cierto que, como anécdotas, hay algunas anotaciones divertidas: así, en una relación de obreros, aparece un “Carlismo Otamendi”: cabe suponer que D. Federico habría oído hablar y discutir tanto sobre las recientes guerras carlistas que confundió a un simple “Calixto” con un “Carlismo”. En otra anotación, D. Federico demuestra tener cualidades de poeta al inventar una palabra nueva: cuando, en la lista en la que figuran los obreros con su nombre y su puesto de trabajo, llega a uno llamado Escolástico, indica que es “burriquillero”. Supongo que este Escolástico se ocuparía de hacer el transporte en la mina con la ayuda de algún burro, y se ganó así el precioso calificativo de “burriquillero”.

LA FAMILIA DE D. FEDERICO BÄHR

Cuando D. Federico Bähr llegó a Legazpi era joven y soltero. Al cabo de poco tiempo, contrajo matrimonio con Johanna von Daacke, y la joven pareja vivió en la casa que los legazpiarras hemos conocido siempre como “casa de los alemanes” de Udana. Fue edificada ésta durante el año 1891 y terminada en 1892, como indican las siguientes anotaciones de D. Federico:

— *en mayo de 1892 paga 44,50 pesetas a Modesto Vergarajáuregui, de Oñate, por trabajos de empapelado y pintado;*

— *ese mismo mes de mayo, se colocan los cristales y se hace el cierre de la huerta;*

— *en julio y agosto se compran los muebles;*

— *en noviembre y diciembre se anota la compra de sacos, pucheros, sartén, saleros, pantallas y sábanas;*

— *en diciembre se compra carbón para la casa, lo que indica que empezaba la vida habitual en ésta.*

En la casa de Udana, que asombraba a los sencillos legazpiarras de entonces por los adelantos técnicos y comodidades que tenía, iba a vivir la familia Bähr durante unos veinticinco años. En ella nacieron los cinco hijos del matrimonio: Federico, Joaquín, Gerardo, Mercedes y Juan. La proximidad a las minas de Katabera y a los hornos de tostación permitía a D. Federico seguir de cerca los trabajos de sus hombres. Y, además, podía desarrollar, en la huerta y los terrenos que rodeaban a la casa, algunas de sus aficiones predilectas, como criar gallinas o cuidar los árboles frutales. La distancia considerable entre

Udana y el pueblo fue un inconveniente bastante serio cuando llegó el momento de que los niños fueran a la escuela. Los mayores —Federico, Joaquín y Gerardo— “estuvieron una temporada en el colegio de Brinkola, y un cura les daba lecciones”, según recuerda Mercedes, quien añade: “Yo fui la única que estuve tres años en el colegio de Legazpi, hasta que mi hermano Juanito tenía seis años. Y después tuvimos nosotros una «Fräulein» y, a veces, un profesor”.

De estos testimonios de Mercedes, se deduce que el contacto de los niños con otros niños del pueblo fue, durante esos años, bastante intenso. Y no solamente por su asistencia a las escuelas —que no fue demasiado prolongada—, sino, además, porque a D. Federico le gustaba mucho bajar al pueblo los domingos y días de fiesta, para tomar un vaso de sidra o de vino con los amigos. Estos amigos debieron de ser bastantes en número, porque él era un hombre de carácter abierto y cordial. En estos frecuentes viajes al pueblo, solía venir acompañado de sus hijos, quienes debían de disfrutar de lo lindo en el largo viaje desde Udana a la plaza, que realizaban en un coche tirado por un caballo. El coche era guiado a veces por el propio D. Federico, y otras veces por su cochero, que era Joxe Miel Oroz, hombre de confianza de los Bähr durante muchos años y querido siempre por los legazpiarras.

Pero el verdadero centro de formación de los hermanos Bähr fue, evidentemente, la casa de Udana. Podemos imaginarnos cómo era la vida en un lugar tan alejado de Legazpi y de Oñati, sin los medios de transporte actuales, y sin medios de difusión como la radio, la televisión o, incluso, la prensa. ¡Qué largos y lentos resultarían los inviernos, con sus nevadas frecuentes y copiosas! Pero, ¡qué luminosos y alegres los días de primavera y de verano, cuando se podía corretear por los prados o hacer excursiones a Katabera y Urbia...! Fue en la casa de Udana donde brotó en Gerardo la afición al estudio y a la ciencia que ya no le abandonaría en toda su vida. Mercedes recuerda que tenían un telescopio, y que a Gerardo le gustaba observar con él el cielo y las estrellas, para lo que se levantaba de la cama a altas horas de la noche. También germinó en Udana el gran amor a la naturaleza que Gerardo demostró a lo largo de toda su vida. De ese amor a la naturaleza nacen muchos de sus estudios y publicaciones sobre el euskara, como lo prueba el que escribiera sobre la vía láctea, el arco iris, las plantas, los pequeños “bichos” (como él les llama) que son las abejas, las ranas, las mariposas. Fíjense con qué gracia describe, en uno de sus trabajos, los jugueteos de los niños con las mariposas. Hablando de la gran diversidad de nombres que éstas tienen en euskara, dice: “*Hay personas de edad que los ignoran (esos nombres) o simulan ignorarlos. Los que conocen siempre esos nombres son los niños. ¿Por qué? Porque cuando no los saben o los recuerdan vagamente, inventan otros, o poco menos. Los niños corren tras las mariposas para cogerlas, juguetean con ellas cantándoles versos y aplicándoles apodosos y mimos y haciéndoles lisonjas, todo lo cual explica muy bien, en mi opinión, el gran número de variantes y nombres que han venido formándose con el tiempo*”. Este párrafo suena a tan auténtico y vivido, que,

al leerlo, no podemos menos de imaginarnos al propio Gerardo niño correteando con sus hermanos detrás de las mariposas por los prados de Udana.

Se conservan fotografías de esa infancia feliz de los Bähr en Udana, en las que se puede ver a toda la familia de excursión en el monte, o reunida celebrando alguna festividad importante. Mercedes recuerda que, en estas festividades, solían tener incluso representaciones de teatro de guiñol. Las cosas cambiaron bastante cuando llegó el momento de que los niños empezaran con los estudios de enseñanza media. Doña Juana y D. Federico no querían que los niños perdieran los vínculos de unión con la patria alemana, dado que en cualquier momento, por razones del contrato laboral de D. Federico, podían verse obligados a volver a su tierra de origen. Aunque Federico, el mayor de los hijos, inició sus estudios en Barcelona, Joaquín, Gerardo y, más tarde, Juan fueron matriculados en una escuela alemana de gran antigüedad y prestigio, llamada Schul Pforta, famosa por las personalidades que se habían educado en sus aulas. Entre ellas destacan el filósofo Fichte, el poeta Klopstock, los hermanos Guillermo y Federico Schlegel, también escritores, el filósofo Federico Nietzsche. Nietzsche ingresó en ella en 1864, a los quince años, y estuvo allí hasta que empezó sus estudios universitarios. Años después escribió: *“tuve la suerte de ser alumno del colegio Pforta”*. La escuela tenía fama de dar una sólida formación humanista, con incidencia especial en los idiomas clásicos.

Gerardo ingresó en esa escuela alemana, en la que le había precedido su hermano Joaquín, en 1912, cuando había cumplido los doce años (nació el 6 de mayo de 1900), y estuvo en ella hasta los dieciocho. Durante esos seis años adquirió una sólida formación tanto técnica como humanística. Aquella le permitió realizar después, por indicación de su padre, la carrera de Química; su buena formación humanística se acredita continuamente en sus escritos, y en el profundo conocimiento de los idiomas clásicos, que fue la base en que se apoyó su increíble dominio de los idiomas modernos. Gerardo guardó, durante toda su vida, un buen recuerdo de los años pasados en Schul Pforta, a donde volvió a menudo para reunirse con sus antiguos compañeros y para dar charlas a sus alumnos. También tenía un agradable recuerdo su hermano Joaquín y, por mediación de éste, la revista de antiguos alumnos de Schul Pforta reprodujo, en 1975, un artículo que la del Colegio de La Salle legazpiarra publicó en homenaje a Gerardo.

Durante la estancia de los hermanos Bähr en Schul Pforta, Alemania y casi toda Europa atravesaban unos momentos muy duros, porque, desde el año 1914, se estaba desarrollando aquella gran tragedia que fue la Primera Guerra Mundial y, debido a ella, apenas cumplidos los dieciocho años, Gerardo fue movilizado y enviado al frente de Bélgica, donde los aliados habían lanzado una fuerte ofensiva entre los ríos Marne y Aisne, en julio y agosto de 1918.

ESTUDIO DEL EUSKARA

Después del armisticio y la desmovilización, Alemania vivió unos años de dificultades económicas y sociales. Joaquín y Gerardo volvieron entonces a Legazpi, a donde llegaron en 1919. Pero los efectos de la lejana guerra se habían hecho notar, y de manera dura, en la vida de los Bähr: éstos no vivían ya en la tan recordada casa de Udana, sino que residían en Olaberria, casa perteneciente también a Legazpi. ¿Qué había sucedido? ¿Se habían producido en la dirección de la Real Compañía Asturiana de Minas, propietaria de las de Katabera, modificaciones sustanciales que habían llevado a retirar de sus cargos directivos a los técnicos alemanes como D. Federico Bähr?

El hecho cierto es que, a su vuelta de Alemania, Gerardo se encuentra en Olaberria, con el bachillerato alemán terminado (había aprobado la reválida a los dieciocho años, poco antes de su movilización) y sin poder volver allí para empezar su estudios universitarios. ¿Qué podía hacer? En ese momento de incertidumbre y de inactividad forzosa, empieza, casi como distracción, a interesarse por el euskara. ¿Hasta qué punto conocía él, entonces, este idioma? Su asistencia a la escuela de Brinkola había sido bastante corta, y las clases en ella se darían, probablemente, en castellano; sus bajadas al pueblo de Legazpi acompañando a D. Federico, aunque numerosas, serían breves y apenas podría durante ellas charlar en euskara con otros niños de su edad. Mercedes nos dice así, muy gráficamente, en una de sus cartas: *“en general (en los contactos de los Bähr con la gente de Legazpi), se hablaba castellano y sólo alguna gente de los caseríos en vasco. Así, mi amiga Justiña que me acompañaba todos los días hasta Telleriarte. Por eso fui yo la única de la familia que hablaba bien en vascuence. En Udana era Petra la única que hablaba «oñatiarra»”*.

Cuando, a los diecinueve años, se toma en serio el aprendizaje del euskara, pide ayuda a su hermana Mercedes. Nos dice ésta: *“Como Gerardo había estudiado algunas lenguas antiguas, le interesaba muchísimo el vascuence, y empezó a preguntarme a mí, como hermana, palabra por palabra, y comparando los dialectos de Legazpi y de Oñate”*. También charlaba cuanto podía con sus vecinos, los numerosos hijos del yuguero Martín Arizti. Los resultados que obtuvo Gerardo en este período de aprendizaje fueron verdaderamente asombrosos. En poco más de un año pasó de tener unos conocimientos del idioma superficiales a aparecer ya en 1921 como colaborador asiduo y apreciado de la Academia de la Lengua Vasca, Euskaltzaindia, con el grado de “correspondiente” de dicha academia. ¿Cómo pudo un muchacho de diecinueve años, sin otros profesores que su hermana menor y sus amigos del vecindario, alcanzar en un año un dominio del euskara que le permitiera colaborar con los grandes lingüistas que fueron los Azkue, Campión, Eleizalde, Urkijo, Eguzkiza, Uhlenbeck, Vinson, Schuchardt, etc.?

Este hecho que nos resulta casi increíble, pero que está perfectamente comprobado, demuestra la gran facilidad que tenía Gerardo para el estudio de los idiomas, la profunda formación en los idiomas antiguos que había adquirido en su período de formación en Alemania, y el coraje y tenacidad que derrochaba al enfrentarse a una tarea difícil. Al darse en él todas estas cualidades reunidas, el resultado fue que al final de su vida conocía nada menos que quince idiomas. Pero en el caso de Gerardo, y a la vista de cómo profundizó en el euskara, debemos pensar que no se limitaba a tener de esos quince idiomas, o de alguno de ellos, una idea superficial, un ligero “barniz”, sino que los dominaba a fondo.

En este dominar a fondo, en este profundizar en el estudio de las cosas, creo que radica el rasgo acaso fundamental del carácter de Gerardo. Les voy a leer, como ejemplo, un pequeño párrafo de cómo entendía él que debía ser aprendido un idioma y, en concreto, el euskara. Lo pone en un artículo que escribió en el año 1928, en recuerdo de Hugo Schuchardt, el gran lingüista y euskerólogo alemán, que acababa de fallecer. Nos cuenta que Schuchardt intentó en su juventud aprender el euskara, sin conseguirlo, por causas ajenas a su voluntad; y continúa diciendo: *“muchos años después, siendo ya mayor, se dedicó de nuevo a aprender el euskara, pero a sabiendas de que no era suficiente con leerlo en los libros. Había que vivir en el propio País Vasco, y aprender a hablar, unas veces divirtiéndose un rato con los pastores en el monte, otras hablando con los baserritarras, o bien contemplando el trabajo duro de los pescadores, o andando por las ferias y escuchando a los bersolaris: eso es lo que él quería hacer para conocer a fondo el idioma, para beberlo a placer en sus fuente limpias e incontaminadas”*.

Esta actitud para aprender el euskara que Gerardo atribuye a Schuchardt en el párrafo leído fue exactamente la que él mismo adoptó para dominar este idioma. Recordemos que empezó por las conversaciones que mantenía con los hijos del yuguero. Pero pronto se dedicó a recorrer todos los pueblos de Gipuzkoa, para captar en cada uno de ellos, charlando con la gente, la forma de hablar más pura y genuina. Y eso en una época en la que los coches particulares estaban al alcance de muy pocas personas, apenas había autobuses y los trenes llegaban a pocos sitios. Para visitar los lugares a los que no pudiera llegar por otros medios, Gerardo hacía montones de kilómetros en bicicleta, y cuando se le acababa la carretera, alcanzaba a pie los barrios o caseríos más lejanos. Solamente así se puede entender que recogiera, por ejemplo, el material para el estudio que, por encargo de Euskaltzaindia, realizó sobre el verbo guipuzcoano.

Gerardo construía siempre sus teorías científicas sobre la base de una observación exhaustiva de los hechos reales. Huye de la tentación —en la que, por cierto, tantos caen— de montar esquemas teóricos sobre hechos escasos en número y mal estudiados. Sus trabajos y artículos empiezan con la aportación de muchos datos estudiados a fondo, y, sobre esa base sólida, va razonando

hasta llegar a las hipótesis que tratan de explicarlos. Porque Gerardo tampoco cae en el extremo opuesto de limitarse a hacer trabajo de campo, sin atreverse a formular hipótesis que puedan ser discutidas.

ESTUDIOS UNIVERSITARIOS EN ALEMANIA. VIDA PROFESIONAL

En el año 1921, al comprobar que se iba normalizando la vida en Alemania, después de las alteraciones originadas por la Gran Guerra, se marchan allí Mercedes, Gerardo y Juanito. Gerardo empieza los estudios superiores en la universidad de Göttingen. Como carrera fundamental eligió (tal como le había indicado su padre) la de Química, pero siguió también cursos de Ciencias Naturales y de Física. Y como su gran pasión eran los idiomas, se dedicó también a ellos con empeño. En 1927 consigue el título de profesor, en el grado más alto, de Química, de francés y de inglés. Y además —confirmando sus buenas cualidades de montañero y de ciclista que demostraba desde su juventud en Udana—, el título de profesor de gimnasia y de deportes. En el curso 1927-1928 pasa de Göttingen a Hannover, donde estudia en la facultad de Clevertor y en la Escuela Humboldt, obteniendo la licenciatura de Química, y aprobando un examen de pedagogía que le da la posibilidad de dedicarse a la enseñanza.

Como se ve, el campo de los conocimientos de Gerardo era muy amplio, muy abierto. Al leer sus obras, se tiene la impresión clara de que se mueve con soltura en muchos terrenos de la ciencia, tanto técnicos como humanísticos. No era un mero “especialista” —es decir, ese tipo de hombre que se limita a “saber casi todo sobre casi nada”, y que tanto empobrece a menudo a la sociedad en que vivimos— sino que está interesado y sabe discurrir sobre muchos aspectos del saber humano.

Durante estos años de estudios universitarios de Gerardo, suceden acontecimientos importantes en su familia. En 1926, muere su padre, D. Federico, en San Sebastián. La familia no residía ya en Legazpi, sino en Ormaiztegui, a donde se habían trasladado hacia 1922. Al morir D. Federico, su viuda Doña Juana se reúne con sus hijos en Alemania, terminando así la etapa guipuzcoana de la familia Bähr, que había durado unos cuarenta años, de los que vivieron en Legazpi unos treinta y cinco.

Gerardo inicia en el otoño de 1928, recién obtenida su licenciatura de química, su actividad como profesor en varias ciudades alemanas. Primeramente es auxiliar en el Instituto superior de Hildesheim; luego, en las escuelas Herschel y Humboldt de Hannover. Pasa a ser profesor en el Realgymnasium de Hannover, donde enseña durante varios años.

En este período de estudios y de docencia, no se olvida del País Vasco ni del euskara. Continúa su colaboración intensa con Euskaltzaindia, de la que es ya "miembro correspondiente" en 1921. D. Resurrección María de Azkue, presidente de dicha academia, le aprecia especialmente, y la amistad entre ellos durará toda la vida. Mercedes nos recuerda que Azkue visitó en una ocasión a Gerardo en Hannover, y así ella pudo conocer también al ilustre fundador de la Academia Vasca. Gerardo viene al País Vasco siempre que puede, y sabemos que estuvo aquí en los veranos de 1923, 1924 y 1930. Sus trabajos sobre temas lingüísticos van apareciendo con regularidad en la prestigiosa "Revista Internacional de Estudios Vascos" que publicaba D. Julio Urkijo. En los tomos que se editan entre los años 1926 y 1935 se pueden leer artículos firmados por Gerardo, varias recensiones de libros hechas también por él, y, además, su concienzudo estudio sobre las formas del verbo guipuzcoano que ocupa, sólo él, más de doscientas páginas.



Bähr-Daacke familia. Udana, 1913.07.13. Friedrich, Friedrich (aita), Mercedes **Gerhard**, Johanna (ama), Hans, Joachim

A lo largo de los años treinta prepara con esmero su tesis doctoral. Versaba sobre los idiomas vasco e ibérico, sobre su afinidad o parentesco. Es, en opi-

nión de los euskerólogos, su obra más importante y ambiciosa, que demuestra ya una madurez en sus conocimientos y que permitía augurar una producción posterior interesante para el estudio de las raíces del euskara. Presentó esta tesis con el título de “El vasco y el ibérico” en la universidad de Göttingen, y con ella alcanzó el grado de doctor en el año 1940.

SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Pero ya para estas fechas de 1940, la vida de Gerardo, como la de tantas personas en el mundo entero, se desarrollaba en las circunstancias excepcionales y terribles de una Segunda Guerra Mundial, que había estallado en septiembre de 1939 y duraría, en Europa, hasta mayo de 1945. Gerardo, que había participado ya en la Primera a los dieciocho años, es movilizadado ahora con sus treinta y nueve, y enviado al frente, donde resulta herido; después se le destina, como intérprete, a la llamada División Azul que España había enviado a combatir contra Rusia. Por último, pasó a la escuela de preparación de intérpretes de Berlín. En enero de 1942, Gerardo contrae matrimonio con Erika, que era hija de uno de los profesores del Realgymnasium de Hannover, donde él había dado clase varios años. De esta unión nació su único hijo Hans Peter, Juan Pedro. Se sabe muy poco de los últimos meses de la vida de Gerardo. Mercedes estuvo con él, con motivo de algún permiso, en Salzburgo, en Austria, y cree, incluso, que le llegó a visitar en la escuela de preparación de intérpretes. Las tropas soviéticas ocuparon Berlín a fin de abril de 1945 y, en el enorme caos de aquellos días, se pierde el último rastro de la vida de Gerardo...

Terminaba aquí una vida que había durado cuarenta y cinco años, que Gerardo había sabido aprovechar a fondo. Si tenemos en cuenta que diez de esos años transcurrieron en medio de dos guerras mundiales, que representaron para él períodos de movilización y de lucha en el frente y para Alemania circunstancias de vida duras y excepcionales, poco fue el tiempo que le quedó a Gerardo para dedicarse a las tareas ordinarias con normalidad. Pero fue capaz de estudiar varias carreras, de aprender quince idiomas, de ser profesor durante muchos cursos, de indagar sobre el euskara y sus orígenes.

Al terminar este esbozo de su vida, quiero volver a algo que he dicho al principio: Gerardo fue legazpiarra, porque nació entre nosotros; porque vivió en una familia que fue legazpiarra durante treinta y cinco años; porque transcurrieron entre nosotros esos años tan decisivos de su infancia y de su primera juventud; porque aquí descubrió y se adentró en el mundo del euskara, al que iba a dedicar buena parte de su trabajo; porque en su obra están siempre presentes los paisajes, la toponimia, las leyendas, las personas de Legazpi. Por todos esos motivos, Legazpi recuerda hoy, con orgullo y agradecimiento, a este notable hombre de ciencia que fue el legazpiarra Gerhard Bähr.